

REFLEXIONES SOBRE EL PLURALISMO MONÁSTICO

Introducción

El tema que se me ha adjudicado rebasa los límites de una ponencia de pocos minutos. Habría que tratar sobre todo acerca de los valores monásticos que poseemos en común, los cuales en mayor o menor medida todos compartimos. Luego considerar las variadas formas de expresión de estos valores fundamentales, asumidas en el contexto de la cultura y de las exigencias locales de nuestros países latinoamericanos. Como se ve, una abigarrada temática muy importante, pero no fácil de abarcar sin peligro de sentirse desbordado. Por eso, prefiero limitarme a abordar uno de los muchos aspectos que integran el trasfondo del pluralismo y que inciden, para bien o para mal, en sus manifestaciones concretas. Estamos pues en el plano de las motivaciones que -no nos engañemos- aunque aparentemente teóricas, exigen soluciones bien reales. Una de ellas es la que se refiere a la libertad, en el sentido que le da un autor reciente cuando hablando de los monjes dice que “Han sido creados para la libertad y para la fiesta, y ellos son su sacramento”³.

I. “Donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad” (2 Co 3,17; ver RB 18,22)

Cuando hablamos de pluralismo intermonasterial no debemos olvidar que éste es resultante de diversos factores, que abarcan -además del aspecto puntual y concreto de los monasterios en su momento histórico- el pluralismo de cada uno de sus miembros entre sí, y el de cada individuo en el transcurrir de su propia vida (ciclicidad).

Como vemos, el fenómeno es complejo y dinámico, y abocará siempre a un equilibrio inestable susceptible continuamente de ser modificado. Únicamente se podrán conjugar armónicamente estos distintos factores complementarios y se evitará el peligro de caer en una “idiorritmia” monástica, cuando se vaya introduciendo cada monje -personal y comunitariamente- en una *formación para la libertad* en el Espíritu. Libertad que deberá ser respetuosa y responsable.

Respetuosa, recordando tanto el monje como la comunidad, que su libertad termina donde comienza la de los otros. *Responsable*, teniendo ambos en cuenta que no se trata de claudicar sino de profundizar cada vez más en el carisma propio y específico,

Esta interrelación de diversos pluralismos: intercomunitarios, comunitarios y personales, tiene que enraizarse en dos modalidades espirituales que hoy cobran especial actualidad: la espiritualidad del *riesgo* y la espiritualidad de lo *imprevisto*. Ambas tienden a desplazar una imagen monolítica y estática, proponiendo en cambio una cíclica y flexible, enemiga de los mimetismos fáciles e ingenuos.

“Se contaba del abad Agatón que trabajó mucho tiempo construyendo una celda con sus discípulos. Una vez terminada la habitaron. Durante la primera semana, Agatón vio algo que le pareció peligroso y dijo a sus discípulos: Levántense, vámonos de aquí. Ellos muy molestos le respondieron: ‘Si pensabas irte, ¿por qué nos hiciste trabajar tanto en construir la celda? Los hombres se escandalizarán de nosotros y dirán: se mudan otra vez, son unos inestables’. Viendo su estrechez de espíritu, Agatón les dijo: ‘Si algunos se escandalizan, otros al contrario se edificarán diciendo: felices aquellos que

³ LASSUS, L.-J., *Les nomades de Dieu*. Ed. Cerf, Paris, 1974, p. 19.

emigran por causa de Dios, sin buscar otra cosa. Por lo tanto el que quiera venir que venga, yo me voy⁴. Entonces, los discípulos se postraron en tierra suplicándole que les permitiera acompañarle⁴.

II. “No extingan la acción del Espíritu” (1 Ts 5,19)

a.- “A menudo Dios revela al más joven lo más acertado” (RB 3,31 / VE 3,2)

Estas palabras tan sabias de la RB mantienen su vigencia no sólo en el aspecto individual sino también comunitario. Y habría que enfatizar su aplicación a los pueblos jóvenes de nuestro continente latinoamericano, de donde provienen nuestras vocaciones monásticas, ya que ellos contribuirán a gestar un auténtico pluralismo monástico.

Tal vez una de las tentaciones más grandes de la iglesia contemporánea sea la de ignorar o rechazar - ante reiterados fracasos- toda una experiencia reciente de vida religiosa amasada con lágrimas y sonrisas, diciendo simplemente: “Aquí no ha pasado nada”, “volvamos a lo de antes” porque “ya estamos de vuelta”. Esta actitud relativamente fácil y aparentemente exitosa, podría ocasionar en un futuro más o menos inmediato una nueva situación de estafa -aunque la palabra resulte dura- frente a los jóvenes, que a la larga se harán conscientes -si ya no lo son- de que la historia es irreversible. Se los desilusionó con un angelismo, se los decepcionó con un antropomorfismo, y ahora se corre el peligro de confundir *re-creación* con restauración.

b.- “El abad escuche y discierna las sugerencias y críticas que humildemente y con amor pueda aportar -el monje que llega al monasterio-, no sea que el Señor lo haya enviado para eso” (RB 61,4 / VE 61,1)

Para que exista un verdadero pluralismo monástico, será importante que el diálogo no quede reducido al nivel comunitario, sino que también se lo entable, de manera activa, intercomunitariamente. Interesado siempre por el carisma de cada comunidad y mostrándose en todo momento dispuesto a discernir las expresiones multiformes del obrar del Espíritu. Deberíamos terminar -y ya mucho se ha avanzado- con ese espíritu de iglesia autocéfala -autoabastecida y autosuficiente- que todavía se nota en algunos monasterios, congregaciones y órdenes monásticas, y que nos hace desinteresarnos o ponernos en duras actitudes críticas para con las experiencias de otras comunidades, diciendo: “¿Acaso yo soy el guardián de mi hermano?” (Gn 4,9). Porque convendrá no olvidar que muchas de las vivencias por las que atraviesan nuestras comunidades hermanas, tarde o temprano, de una manera u otra -y si bien con matices distintos-, se irán encarnando en nuestros propios monasterios. Un estado de receptividad previa facilitará la eventual integración de estas vivencias, si partimos del hecho de que todo monasterio por ser *obra de Dios*, y por más singular que sea el momento histórico en que se encuentre, podrá hablarnos y aportarnos una legítima experiencia de Dios.

III. La palabra de Dios no está encadenada” (2 Tm 2,9)

“Al que corre hacia la perfección de vida, ¿qué página o versículo de la Sagrada Escritura no le resulta norma segura de conducta?” (RB 73,3 / VE 73,2)

En el último capítulo de la Regla para monjes nos encontramos con el “test” evangélico de la vida monástica y con el marcapaso de un pluralismo bien entendido. A la luz de este capítulo las comunidades podrán ir replanteando y adecuando sus estructuras monásticas sin renegar de una genuina tradición. A ejemplo de Antonio, Pacomio, Basilio, Bernardo, Romualdo y tantos otros, los monjes “como encadenados por el Espíritu” (Hch 20,22) y con el espíritu de *xeniteia* (estado de peregrino), marcharán hacia Jerusalén, sin saber lo que les espera allí. Esquemas inamovibles que muchas veces enfrentaron comunión y soledad, cenobitismo y eremitismo, se convertirán en complementarios, tanto a nivel comunitario como intermonasterial. Comunidades grandes y pequeñas

⁴ AGATON, 6; PG 65, col. 113 BC.

comprenderán la realidad efectiva del principio de subsidiariedad. Habrá un lugar para el monaquismo temporario. Lo viejo y lo nuevo acrisolados por la Palabra, se acuñarán con una idiosincrasia específicamente latinoamericana, sin reproches estériles hacia un pasado y sin temores desesperanzados hacia un futuro. Y el fenómeno monástico, con la riqueza de su carisma religioso, primará sobre los adjetivos benedictinos, cistercienses, camaldulenses, etc., etc., sin desplazarlos. Siempre y cuando tengamos bien presente lo que dijo un monje de nuestros días: “La verdadera libertad consiste en permanecer constantemente en Dios”⁵.

Conclusión

Estas breves reflexiones sobre la libertad de Espíritu como motivadora e incentivadora del pluralismo monástico, puede que nos dejen perplejos o desilusionados. Ellas, más que suscitar polémicas, han pretendido contribuir a crear un ambiente de sana libertad de este Encuentro monástico. Y a la vez, intentan recordarnos que el pluralismo, más que algo de qué hablar, es un camino por el que hay que aprender a transitar. Y que exige diversas formas de expresión. No por un discutible prurito de novedad, sino por la misma naturaleza de nuestra vocación de caminantes, que nos hace repetir con un hijo de este continente, también monje:

“El que está en camino
nunca se despide,
libre como el viento
saluda al pasar...”⁶.

*Monasterio de Cristo Rey
El Siambón (Tucumán)
Argentina*

⁵ ARCHIMANDRITE SOPHRONY, *Staretz Silouane: Moine du Mont-Athos. Vie, Doctrine, Ecrits*. Ed. Présence, Paris, 1974, p. 64.

⁶ MENAPACE, M. *En la huella, Poesía inédita*. Los Toldos, 1974.